

NOSOTROS

Cristóbal López
Semanao Villenense
Aparece los domingos

Admón. Calle del Muro, 7

Número suelto, 10 céntimos

AÑO II

Villena, 11 de Febrero de 1923

NÚM. 20

Esta es la ocasión

ORO

«¡Oro, oro, oro!» Esta es la voz de la clericalia villenense, proyectándose desde el periódico «La Corona». «¡Oro, oro, oro!». Esto es lo que demanda esa falange negra de nuestra ciudad en nombre de María de Nazaret y Jesús el crucificado.

¡Oro, oro, oro! ¡Más oro para ganar el cielo y escalar la gloria! Vacid vuestros arcones, católicos temerosos. Vacid vuestros arcones embobados, vosotros los que con la

Por causas muy ajenas a nuestra voluntad y buenos propósitos, el número de este periódico, corre pendiente a la semana anterior no vió la luz pública.

Como no queramos lesionar interioridades ajenas ni sacar a cuento pretextos de ninguna clase, nos abstenemos de decir cuáles fueron los motivos de muy diversas índoles todos ellos.

Nos interesa, sin embargo, hacer consta a nuestros lectores y suscriptores, de quienes solicitamos el perdón por este breve mito en la marcha, que esta interrupción de NOSOTROS no puede significar, de ninguna manera, la menor sospecha de censuramiento, mucho menos de clausuración.

NOSOTROS, a pesar de cuantos obstáculos se nos tiendan, continuará siempre firme y austero en su puesto de centinela avanzado.

LOS IDEALES EN ACCIÓN

Obras son amores...

Ponemos en conocimiento de los lectores que, en nuestra ciudad y en el domicilio de don Miguel Caturra, se siguen admitiendo donativos para equipar completamente a QUINIENTOS NIÑOS pobres, villenenses, el próximo Jueves Santo.

Otro tanto hacemos notar en lo que se relaciona con las DOS CASAS que, el primero de mayo, se regalarán a los dos obreros más viejos y que mayor número de años de trabajo justifiquen.

LA REDACCION

usare vivis en una eterna etapa de las veces gordas, los que robáis en el peso y en la calidad de las mercancías. Apagad la sed del pulpo clerical con vuestras onzas áureas, vosotros los que nunca trabajasteis...

¡Oro, oro, oro! Esta santa palabra es vuestra salvación, el Jordán de vuestras máculas. ¡Preservaros a comprar vuestro trozo de panico, vuestra parcela de paz espiritual! ¿No veis que todo es oro en la vida? ¡Ah, si Cristo hubiese tenido sus alforjas re-

pletas! Pero, Cristo fué tonto; fué un perfecto inocente. No robó, ni explotó a sus semejantes, solamente por eso, porque era necio. Así acabó sus días. ¿Creis vosotros que, con onzas para comprar, Judas le hubiese vendido?

¡Oro, oro, oro! Esta es la ocasión vuestra, potentísimos, pillos y trufados, Pantalones y Polichinelas. Tocquemelos e inquisidores de levitas.

D.

UN ALDABONAZO MAS

La orientación que el pueblo necesita

La ola del grosero materialismo, de incredulidad, de escepticismo y de baja temperatura ética en que se halla, en la actualidad, envuelta la Humanidad, y lo apartado que aún vive el hombre de la verdadera fraternidad humana que Cristo nos enseñó con la práctica hace veinte siglos, tiene su verdadero origen — como ya lo hemos dicho en reiteradas ocasiones — en la deplorable enseñanza que los pueblos han recibido desde las edades primitivas de las escuelas religiosas y de la conducta poco recomendable que han observado y observan todavía la mayoría de los sacerdotes de las religiones positivas.

Así es que al afirmar, una vez más, que la desorientación espiritual remanente y la incertidumbre en que navega la criatura humana en la vida, son debidas a la falsa y mercenaria interpretación que han hecho los sacerdotes de las religiones al uso del Evangelio de Jesús de Nazaret y de la siempre sospechosa y arcaica enseñanza dogmática que la familia humana ha recibido, y continúa recibiendo de los hombres ensotanados de todos los tiempos, no lo hacemos por sistema — como algún mal intencionado podrá suponer — sino porque estamos convencidos, hasta la sociedad, de que la incultura, la incivilización y todas las tragedias que hoy azotan a la humanidad, tienen su verdadero y único fundamento en la tortuosa dirección espiritual que la sociedad ha recibido de los hombres que ellos mismos dicen ser representantes de Dios en la tierra.

En nuestro pueblo tenemos el ejemplo vivido de todo cuanto ocurre en el resto del mundo. Pues decir Villena quiere decir la nación, y decir la nación equivale a englobar al Orbe entero. ¿Es que las egoístas tendencias del pulpito clerical no son en todas las partes del mundo iguales? Qué son idénticas, no nos debe caber la menor duda. En el orden divino, ya sabemos lo que los sacerdotes católicos han hecho del Evangelio de Cristo, lo han tergiversado a su conveniencia,

ocultando con ello la luz bajo del celerrin. En el orden instructivo tampoco desconocemos el valor ético y cultural que la enseñanza católica tiene para los pueblos, pues nadie ignora que los sacerdotes católicos solamente se han ocupado en mixtificar la enseñanza racional de los grandes educadores de los pueblos y desterrar — por «amor» a la Humanidad — del programa de enseñanza de las escuelas del Estado en que ellos han intervenido, todos los libros de texto que «olieran» a civilización y progreso.

Esta es en síntesis, la orientación espiritual que, en el orden ético, cultural y progresivo, ha recibido Villena de los hombres ensotanados, en los veinte siglos que llevan éstos dirigiendo las almas de los cándidos y sencillos villenenses.

Cada vez que la ola negra que infecta nuestro pueblo ha pensado en acometer alguna empresa de interés positivo para su grey, ha echado las campanas al vuelo; ha revestido sus actos de tan inconcebible y fastuosa teatralidad, imprimiéndole cierto matiz divino al asunto, que, hasta el más redomado ateo, no ha tenido «más remedio que soltar las pesetas».

¿Qué no estamos en lo cierto? No hay regla sin excepción. Pero, si a NOSOTROS le fuera posible tomar nota de las listas secretas que los padres de almas guardan como «oro en paño» en la sacristía de la Iglesia de Santiago y se diese por publicar los nombres de los «anticatólicos de salón», se armaría una ferocidad en el pueblo aquel día mayor que la que seguramente se armará el día «feliz» para Villena de la coronación canónica de la Virgen.

Ved si no, lo que vienen haciendo los clericales villenenses desde que el buen padre de almas, don Gaspar Archent, se le ocurrió la «feliz idea» de coronar a la «Morenica». Para ellos no ha habido, ni hay ya, otro problema de más vitalidad en Villena que el asunto de la corona; para ellos el hambre y el frío de los

desheredados de la fortuna, las casas baratas para los obreros pobres, el agua potable y el alumbrado para la población, las escuelas públicas, el teatro, el arreglo de las calles de los barrios altos, son cosas secundarias y de poca utilidad pública. Unicamente, coronando las sienes de madera de la Patrona, el pueblo sufrido y trabajador se reivindicará de sus atropellados derechos y del vergonzoso pauperismo que le atrofia, y encontrará en la «estela luminosa» de la católica obra, la verdadera orientación espiritual, que lo ha de conducir a su felicidad.

¿No es ésto lo que pensarán, después de consumada la coronación, quienes a capa y espada la defienden?

Piensen que el pueblo va y dándose cuenta de que no es éste el procedimiento para progresar, y se convencerán los directores espirituales de Villena de lo ineficaz y, lo que es peor aún, de las consecuencias lamentables que esta conducta absurda pudiera ocasionar.

JOSE M.^a REYES

Cuento relámpago

Adela de Bolonia acababa de dar los últimos toques al adicalado de su rostro y se disponía a salir de su casa, después de haber apagado todas las luces de sus habitaciones.

Esto quiere decir que era de noche, aunque no se sabe si llovía.

Al ir a salir tuvo una sorpresa, para ella agradable. Paolo di Vitavequia, a quien no esperaba aquella noche, por creerlo lo había soñado, había regresado antes del tiempo que ambos calcularen.

La alegría de Adela fue grande, porque amaba a Paolo con impetu avasallador y se encontraba mejor a su lado que en la visita, a donde, para distraerse un poco, había pensado ir.

Paolo di Vitavequia era de origen italiano, y aunque de su país había salido muy niño, conservaba todavía muchas frases de su idioma, que escuchaba con frecuencia en su conversación.

—Non di, mia Adela, que lo a tardato. Mio molto deseo de abrazarte a precipitato mio regreso.

—Oh, mi querido Paolo—decia Adela.—Ya sé que tú no piensas más que en mí, como yo pienso también siempre en tí. ¿Verdad, Paolo mio?

—¡Cherto, cherto!

—¡Di cierto, hombre! Así, como yo, claro.

—Mia Adela, cherto o cierto, t'adoro con toda mia alma.

Sigueron charlando un rato, y no encendieron la luz porque con el calor del filamento encendido y su apasionada plática, se hubiera derretido el vidrio de las lámparas.

Paolo tenía necesidad de hacer en la noche un encargo, pero lo haría con la mayor rapidez, para volver pronto al lado de su adorado tormento.

Se separaron, hasta luego, con la despedida de rigor, y Adela quedó sola, contando los minutos que faltaban hasta el regreso de su Paolo.

Ensimismada en su pensamiento, no se ocupó de encender ninguna luz. Sintió ruido de improviso y quiso entonces encender, pero ninguna luz ardía. Se encontraba entre sombras y con un miedo atroz. Sintió abrir la puerta y se tranquilizó creyendo era Paolo, mas como estaba a oscuras, no se movió de su sitio.

—Paolo—dijo,—mi Paolo: ¿ya estás tan pronto aquí? ¿Cuánto me alegró!

—No te alegres — contestó una voz cavernosa. — No soy Paolo, son el vengador.

Y hundiendo en el pecho de Adela un afilado puñal, la dejó sin vida, marchándose precipitadamente.

Paolo, al volver volvió después de hecho su encargo y entró en la casa buscando a Adela. Como no obtuviera contestación, siguió hacia dentro, repitiendo el nombre de su amada, hasta que tropezó con el cuerpo exánime de ella.

—¡Adela! ¡Mia Adela! — decía.— ¿Eres dormita?

Y al besarle con pasión encontró frío su rostro, exclamando desesperado:

—¡Oh, mia Adela! ¡Adela morta! ¡Adela morta! ¡Morta Adela de Bologna!

ALE

MEDITACIONES

Envuelta entre blancas y vaporosas nubes, que como una gran muralla la rodean, aparece ante nosotros la misteriosa ciudad, a donde nos dirigimos por primera vez, merced a una galante invitación.

Nos han excitado la curiosidad de tal manera, que no hemos podido resistir la tentación de conocer esta ciudad, «prodigiosa», según el decir de nuestro amable acompañante.

Vamos llegando, estamos ya muy cerca y vemos que la muralla de blancas y vaporosas nubes, que desde lejos habíamos creído observar, es solamente una especie de coraza fluida, de suma transparencia, y que a distancia aparece como blancos nubarrones, para ocultar a la ciudad y protegerla de investigaciones extrañas.

La puerta de la ciudad se abre a nuestro paso. Una temperatura agradable y deliciosa hace que el pecho se ensanche de satisfacción. En este ambiente parece que la vida es más alegre, que se goza del vivir.

Nuestro acompañante nos presenta y recomienda a la atención del bondadoso anciano que nos recibe y se marcha después, dejándonos en libertad para contemplar aquella inmensa población y estudiar sus usos y sus costumbres.

El anciano que nos recibiera solicita de otro más joven el favor de servirnos de guía y acompañarnos a todas partes, sin restricción alguna, y empezamos nuestra investigación internándonos en la ciudad por una amplia Avenida, en cuyo centro, a todo lo largo, un buen cuidado jardín repietido de hermosas flores, perfuma la atmósfera, impregnándonos de un delicioso aroma.

Es bastante larga esta Avenida. Entre campos de un cultivo esmerado y árboles frondosos, vamos caminando. La ciudad, grande, inmensa, se nos presenta en lo alto de nuestro camino.

Nuestro guía, amable, cariñoso, nos pregunta si deseáramos hacer el recorrido por medio de eléctrica locomoción. Agradeciendo su buena oferta, preferimos hacerlo a pie; no nos cansamos, y aunque esto fuera, es mejor ir al peso, para admirar en conjunto y en detalle todo lo bueno que vamos contemplando.

Termina la Avenida y empieza la gran urbe. No salimos de nuestro asombro al ver tanta belleza, grandeza

lanta. Jamás hemos visto nada que se le parezca, ni en arquitectura, ni en sencillez, ni en limpieza. Los edificios, de múltiples tonos y colores, están perfectamente conservados. Las calles son rectas y de una anchura igual todas ellas. El pavimento, liso, flamante, limpio y sin la más nimia rozadura. No hay aceras. El piso es todo corrido, desde una a otra fachada, con un ligero declive hacia los lados.

Llama nuestra atención el no encontrar flotando por los aires esas redes de cables y alambres, eléctricos y telefónicos, que en nuestras grandes poblaciones conocemos y que son un peligro constante para la vida y antiestéticos en el aspecto de la población. Tampoco vemos en el centro de las calles ninguna vía metálica que sirva para el recorrido de tranvías y, sin embargo, las distancias son largas.

Aprovechamos los ofrecimientos de nuestro guía, y empezamos a preguntar:

—Diga, buen amigo, nos indicó antes si queríamos hacer el recorrido en eléctrica locomoción, y observamos que no hay indicio alguno de que esos vehículos circulen.

—Voy a contestar a tu pregunta, y a todas las que quieras hacerme, con la mayor amplitud, con toda clase de pormenores, pero pídele en primer lugar no tengas para mí ninguna etiqueta y me trates con la misma confianza que yo lo hago. Igual franqueza encontrarás en todos los habitantes de este recinto. Y ahora, escuchame: toda la población, tan inmensa como la ves, está asentada sobre cuantos más profundos que los que a la vista se ofrecen. La construcción de los edificios empieza desde los subterráneos, que quedan solamente para el acceso a las casas por la comunicación inferior. El peso de todas las calles no es más que una bóveda: desde de ellas está todo el tránsito rodado de la población, tranvías, automóviles y otros medios mecánicos de tracción, porque la tracción animal no se emplea en este país. Sobre las calles que están a la intemperie no puede circular vehículo alguno; quedan reservadas únicamente para tránsito a pie. Desde esta casa hay comunicación inferior, como le he dicho, para bajar a la parte subterránea y utilizar los servicios de transportes, lo mismo el personal que

lo de todas las cosas necesarias en la vida. Cuando los que van por las calles altas quieren trasladarse a algún sitio de larga distancia, les basta con entrar en cualquier casa y descender hasta las calles subterráneas, aprovechando allí el primer electro que pase hacia la dirección que se desee seguir. No se debe temer causar molestia por penetrar en las casas para servirse de los medios de tracción; hay paso en todas ellas, independiente de las habitaciones, y aunque no lo hubiera, aquí el lema general es de «todos para uno y uno para todos», siéndonos una verdadera satisfacción el poder ser útiles a los demás.

—¡Encantadora población es esta donde no hay predisposición en contra de todo el que necesita algo, sino que, además, se le atiende y facilita cuanto desea! ¡Vamos, cariñoso guía, vamos, penetremos en las calles del subterráneo!

AMANDO LOPEZ GABALDON

Nuestras obras benéficas

Lista de Suscriptores

D. Trinidad Caturba e hijos	1,000
D. Salvador Amorós	2,000
D. Lorenzo Pérez Román	5
D. Pascasio López Santonja	250
D. José Bafón	50
Un villenense	200
D. Florencio Guillén	25
D. Diego García	500
D. Manuel Arellano	5
Una Peña	11'25
D.ª Catalina Pardo	1
D. Lorenzo Navarro	5
D. Miguel Español	10
Sres. Lillo hermanos	5
D. Juan Bravo Tomás	5
Uno más	20
D.ª Josefa López Olmeda	25
D. Julio Bravo	8
Sres. García y Vidal	5
D. Antonio Navarro	2
D. Sixto Díaz	2
D. Jerónimo Hernández	5
D. Santiago Juan	15
D.ª Josefa Bonastre	10
D.ª Pepián Juan	5
Dos villenenses más	50
D. Pedro Requena	50
D. J. Clre	25
D. Antonio Marín	25
D. Alfonso Arenas	25
Ele	25
D. Agustín Palao	5
Un ensilzo villenense	25
D. Francisco Hernández Hurtado	5
Una de Caravaca	4
T.	5
D. Ant. lo López Olmeda	125
D. Manuel Mira	25
D. José M.ª Grau	5
Uno de Barcelona	5

Kaleidoscopio

DON LUCIANO LOPEZ FERRER

No hace mucho tiempo, y con motivo de una imponente conferencia sobre el problema africano, tuvimos ocasión de felicitar, desde nuestras columnas, al ilustre y querido paisano don Luciano López Ferrer, que honra con su talento a Villena.

El rescate reciente de los prisioneros, y la labor eficaz llevada a cabo en tal misión, por el Alto Comisario interino de España en Marruecos, requieren de nuevo la atención de este humilde semanario y los aplausos fervorosos de todos cuantos lo escriben. Por eso queremos que sirvan estas líneas de homenaje sincero al señor López Ferrer, quien ha de encontrar siempre en NOSOTROS un puñado de amigos que le respetan y admiran por sus relevantes méritos personales.

UN ACTO MERITISIMO EN BARCELONA

Con motivo de premiar a todos los que supieron distinguirse en el salvamento de los naufragos de la «Golonchrina», hundida en Barcelona meses atrás, nuestro distinguido colaborador don Luis Gertsch (Elgé), delegado de la Sociedad francesa de Salvamento de Naufragos H. S. B., organizó días atrás, en su domicilio de la ciudad condal, un acto para repartir los diplomas a los acreedores por tales causas, que resultó conmovedor y ejemplar. Asistieron lustras personalidades, y entre ellas, el cónsul de Francia, conde Gustavo Delatigue.

Nuestra cordal felicitación al amigo Elgé, tan atento para todo lo que filantropía y amor al prójimo significa.

DE LO DE COMER AL HAMBRIENTO

También nos es grato hacer resaltar en nuestras columnas, la obra caritativa que el centro Kardeciano, de Alicante, llevó a efecto el mes pasado, distribuyendo cien raciones de pan y arroz entre otras tantas familias de la localidad, a más de una peseta en metálico para cada una de éstas.

Nuestra enhorabuena, y que se repitan con frecuencia tales actos.

Entre paréntesis

(Algunos colaboradores de NOSOTROS vistos a través de las antiparras de Frasquito).

ALONSO QUIJANO ¿Qué le pasa a este «quijote», que no escribe para NOSOTROS hace algunos números?

Alonso Quijano, el poeta de la hipersensibilidad, levantino y cordal, honra nuestras modestas columnas con los frutos de su ingenio, y desde Madrid nos da a probar las magnificencias y primores de su estilo, tan en consonancia con la cultura de su espíritu refinado y singular. Sus «Bagatelas», aunque parezca paradójico, tienen siempre la solidez y el aplomo de las más consistentes creaciones del ingenio. Es poeta, glosador y novelista y, en Cataluña, su país natal, goza de gran prestigio entre los intelectuales. Prestigio que han confirmado en la Corte cuantos le tratan y leen.

¿Continuará mandándonos con la frecuencia de antes sus hermosos y ensayados trabajos?

STROMBOLL Me aquí un personaje nuestro, que reside también en la Corte, que ha popularizado entre nosotros su pseudónimo con los famosos «Relatos fantásticos», tan celebrados por todos. Con «Spero» suele firmar algunas crónicas en otras publicaciones, y siempre su estilo ha sabido acusar la personalidad de un buen villenense, talentoso y culto.

¿Por qué nos tiene Ricardo García Amorós sin su colaboración tan eficaz y selecta?

FERNANDO LUQUE. A este Fernando Luque, que firma algunos poemas con el nombre de Fernando Iglesias, poco ha de decirle «Frasquito», porque sólo dos veces ha puesto aquel su pluma al servicio de NOSOTROS. Pero, si el cronista ha de ser sincero, recomendará al poeta madrileño un poco más de voluntad para deleitarnos con sus producciones, porque es algo perezoso en hacernos «sus crívios».

¡Animo, querido Luque, que los villenenses quieren deleitarse con tus versos! ¡Ah, si tu voluntad pudiera hacer la competencia a la longitud de tu cuerpo, castizo madrileño!

F. Z.

CHILINDRINAS

Copiamos de «La Corona»: «1923. Este será el año más glorioso de nuestra historia. El año en que Villena contemplará, Dios mediante, el acontecimiento más grande que jamás ha presenciado; la Coronación canónica de su Patrona la Santísima Virgen de las Virtudes.

¡Que Dios nos conceda a todos salud para verlo!»

¿Les parece a ustedes mayor cristismo? De que en la Historia de Villena no habrá precedente de este acto, nada hay que decir. ¡Será nuestra eterna vergüenza!

■ ■ ■

Si, nuestra eterna vergüenza, pese a «El Vigia del Castillo» y a toda su parentela. Porque gastar muchas miles de pesetas en tanto las aguas de Villena son impotables, a más de ser una idea descabellada, es un acto que nuestros hijos reprobarán siempre. ¿No han pensado los católicos, en el peligro que supone para los obispos que han de visitarnos, el estado lamentable de nuestras aguas? ¡Sería doloroso que cualquier «monseñor» enfermara por tales causas! A no ser, claro está, que vengan provistos de carsimpiores, previamente atiborradas del líquido elemento.

• • •

Nosotros nos hemos propuesto no dejar tranquilos a quienes tienen la culpa de esto, y hasta que no lo corrigamos, no cejaremos un instante.

¿Creen ellos que porque las cartas nuestras se retrasen o extravíen NOSOTROS no verá la luz pública?

Se equivocan. Apelaremos al telegrafo y al director general de Comunicaciones, si fuera preciso. Y al ministro de la Gobernación. Si por eso de que, ahora, cuando el servicio de Correos es una maravilla en España, se extravíe la correspondencia, nos va escamando ya un poco...

Si no confiáramos absolutamente, como confiamos, en el personal de Correos, hasta cabría la sospecha de que...

Pero, no. Hemos dicho que confiamos absolutamente, y ello basta.

• • •

Señor alcalde: Ponga usted, una vez siquiera, los ojos en los altos de la población, y empiece a considerar que:

1.º Si los prisioneros, recién rescatados, arribaran a nuestra ciudad, confundirían los habitantes a las cuevas con los bocoyas y benjurragueles, y escaparían como perro con lata en el rabo.

2.º Que el poco alumbrado que hoy existe y la situación de las viviendas es intolerable y lamentable.

3.º Que eso de las «paleras» y los higos chumbos asusta demasiado. Sobre todo a los pobres mozos que tienen que ir a Marruecos a defender la patria...

Empiece a considerar el alcalde, y ojalá los resultados y providencias tengan el aplauso de todos.

táneos y más discutibles. No es indiscutible Unamuno: antes al contrario, en la esencia de su obra está un principio eterno de discusión. Pero es el escritor a quien menos se discute, que negar no es discutir.

Italia reconoce en Unamuno uno de los espíritus europeos más afines al temperamento combativo de las nuevas generaciones italianas, de las que van saliendo los nombres ya consagrados. El éxito de Papini no está en su «conversión», sino en su fuerza.

Contrasta el escaso rumor que se levanta aquí en torno a la traducción de un libro importante —aunque bastaría a explicarlo el escaso rumor que levanta el libro original— con el interés despertado en Italia, ahora y antes de ahora, por los libros de Unamuno. Aquí se traduce de todo, pero en Italia también. Sólo que allí la pacotilla va en silencio a sus aficionados y la obra significativa se abre camino aparte.

Recién publicada la «Fedra», leemos en «El Mundo», de 6 de enero, un artículo de Adriano Tilgher en extremo feliz. Hace notar, en algo a primera vista extravagante, en el diálogo entre el autor y su personaje novelesco que es una de las singularidades de «Niebla» (pensamiento con el que coincidió más tarde Luigi Pirandello en una de sus más celebradas comedias, «Seis personajes en busca de un autor») una de las características de la visión de Unamuno, la que le ha guiado a proclamar, frente a un cervantismo estéril, un «quijotismo» fecundo.

Analiza la «Fedra» —de que se habló aquí a raíz de su primera y única representación en el Ateneo— y dice, al final de su artículo: «Así acaba la hermosa tragedia en que sólo un espíritu superficial podría ver un drama burgués y pasional del tipo acostumbrado. Aunque cristianos, y, por lo tanto, profundamente diversos de los antiguos, Fedra sigue siendo Fedra, Hipólito sigue siendo Hipólito. El drama se desarrolla entre personajes en las cuales las determinaciones de tiempo y de lugar, si llegan a individualizar y determinar sus actos, no tocan a la raíz profunda del ser, que se libera más allá del espacio y del tiempo, en el reino de las ideas puras; abandonados a la lógica de su naturaleza esencial y radical Fedra e Hipólito, cristianos, viven un drama y corren hacia una catástrofe no sustancialmente diversos de los del mito antiguo. El distinto clima psicoló-

Páginas ajenas

¿Está ya traducido al italiano todo Unamuno? Ahora acaba de salir en forma, vertida por Gilberto Becceri, la «Fedra», que aún han de buscar, los que quisieran leerla en castellano en

... páginas de una revista, «La Pluma».

El éxito de Unamuno en Italia —y en otros países, a los que se van traduciendo sus principales obras—, nos conmueve de otros éxitos menos espon-

co y así el en que se les ha enclavado no altera sustancialmente la peculiaridad de su reacción sentimental; modifica su naturaleza, sin destruirla.

—Por esto el drama tiene ese porte enjuto, descarnado, lineal, que mira siempre y únicamente a la esencia, con renuncia absoluta a superfluidades coloristas y de diálogo, a minucias realistas y de vestido. Estamos, en realidad, más allá del espacio y del tiempo, en el reino de las ideas que son fuerzas de vida, en el dominio de las «madres» goethianas. Drama metafísico, éste, con grises apariencias burguesas.

He aquí, ni más ni menos, el secreto del escaso éxito de Unamuno ante nuestros empresarios. ¡Atreverse a realizar un drama metafísico, a explorar el reino de las ideas! ¿Qué empresario, si se estima, es capaz de hacerse cómplice de tales pecados?

E. DIEZ-CANEDO

(De «España»)

CANCIONERO

MUSIQUERÍAS

En uno de los festejos de Septiembre. Con música de «La Verbena de la Paloma»):

—¿Dónde vas con mantilla de blonda?

¿Dónde vas tan compuesta, mujer?

—Voy a ver si pinchando coronas saco un novio con mucho quinqué.

(Con música de «El dúo de la Africana»):

Vente conmigo, chiquilla;
no me hagas tanto penar;
si esperas que eso se acabe,
nunca se va a terminar.

(Las cosas de las mujeres. Yo, el infrascrito Frasquito, estoy, con per-

dón de ustedes, loco de remate por una chavala; y ella dice, que si, que me quiere; pero que no se casa conmigo hasta que no terminen el teatro Chapí. ¿Serán caprichosas las uñas? Pero ¡hija de mis entrañas! ¿qué tenemos nosotros que ver con que se acabe o no se acabe? ¿Es que tengo yo la culpa? A ver, ¡señores de Comición! sírvanse vuestras mercedes acabar ya ese teatro. ¡Ea! Con las promitas de ustedes me toca a mi esperar hasta el año de la Nana.

Pero, hombre, ¿por qué se le habrá metido esta tontería en la cabeza a esa mujer? ¡Mire usted que no quererse casar hasta no ver terminado el teatro! Bueno, entonces se casara con su abuelo, porque yo no cargo con una ochentona.)

(Con música de «Marina».)

Lucia me marchó con una caña.
Cuando nos traigan el agua, volveré
(aquí.)

Se va con una gitana y le dice a Lucia que volveré a Villena cuando haya agua... ¡Dios te conserve la vista!

(Con música de «Las Corsarias».)

Muchos pollos sesentones
se la dan de colavegas
y se dejan sus señoras
por irse con camareras.

(Claro que esto lo hacen con la reserva consiguiente, muy RESERVADO; pero «NOSOTROS» lo sabe y sus señoras también. Aunque ellos y sus señoras luego ven la paja en el ojo ajeno y no ven la viga en el propio.)

(Con la música que ustedes quieran.)

Hay aquí, extra-ciudadanos
sin ciencia, pero con arte
para... no me tiren de la lengua...
Ahora mismo me voy
con la música a otra parte.

LOS POETAS

BOHEMIA

¡Bohemia! Oh, sí; de la bohemia
limpia y fragante de las almas finas;
sin pobreza, sin vino y sin anemia,
sin melenas grotescas y sin raras chulinas.
En vez de un gran sombrero, un gran yelmo de ensueño
y rosas, muchas rosas, para echar la cabeza
cuando acaben las rimas...

¡Y caminar sin dolo,
alegre en mi alegría y triste en mi tristeza!
Saber que soy yo mismo y forjar mi experiencia
de muchas ansiedades y muchos desengaños,
flotando al viento un lírico airón de independencia
vencedor de las nievas del dolor de los años.

Ser sutil como brisa en el amor
y quebrarme en la flor de un madrigal
y poseer un poquito de esa flor
—que es el alma—en la fiebre sensual...

Y pensar y vivir y cantar, peregrino
que va buscando siempre lusiones más bellas,
y una noche dejarme morir en un canto
oculto entre rosas, mirando a las estrellas.
Romántica bohemia de ideal

—sin vino, sin pobreza y sin anemia—
Mi bohemia es bohemia de cristal
...o cristal de Bohemia.

ERNESTO LOPEZ-PARRA

Madrid

FRASQUITO ZUELA

Consideraciones doctrinales

Masonería y Espiritismo

Masón desde hace bastantes años, y más que masón de nombre; masón desde lo más hondo de mi corazón, procuro seguir al pie de la letra el hermoso Código Masónico que aunque grabados con letras indelebiles en el fondo de mi conciencia, tengo siempre a la vista, en mi despacho.

Espiritista, aunque de recién iniciación, voy convenciéndome cada día más y más de que el espiritista es la verdadera ruta que debe seguir el caminante en estos valles de pruebas, si se quiere llegar a la perfección del espíritu, ganándose en la tierra el bienestar eterno que encuentran, más allá de la tumba, los espíritus elevados.

Para progresar espiritualmente, nuestra hermosa doctrina nos enseña, en muy pocas palabras, su maravilloso programa, que se resume en esta admirable frase de Jesús: «Ama a tu prójimo». Este mandamiento lo adora ya todo, pues el que verdaderamente ama a su prójimo, solo puede hacer el bien en toda la extensión de la palabra, sobrándole las enseñanzas de los libros de doctrina. Cumpliendo con este admirable precepto, llegará, seguramente, a ser un espíritu de los más elevados.

El programa masónico es bastante más extenso y es de creer que ha sido elaborado, precisamente, para ayudar al hombre en conquistarse esa calidad misma de «amar a su prójimo».

La Masonería, pese a los que la califican de ateísmo, cree en Dios, en este Dios Único, Causa de las causas, Espíritu de los espíritus, y como esperada en toda la superficie de la tierra, en su admirable tolerancia para con el sentimiento religioso de cada uno, acepta las creencias religiosas de cada cual combatiendo únicamente el fanatismo. Llamamos al Padre Eterno «Dios». En otros países se llamará Sadah, Allah, Jehová; pero en la idea fundamental de cada religión, no deja de ser Dios el principio único de todo lo que existe. Por esto, los masones, dejando a cada cual la localidad de Dios o la Divinidad por el nombre que se le ha consagrado, como los varios nombres que se le dan, en el

de «Gran Arquitecto del Universo». ¿Hay definición más apropiada para lo que cada uno siente de la Divinidad? Y el primer mandamiento del Código Masónico es: «Adora al Gran Arquitecto del Universo».

Si escribo estas líneas para NOSOTROS. -- bien lejos de mí la idea de hacer prosélitos, -- es únicamente para desmascarar a esos fanáticos que predicán el odio a todo lo que no es católico apostólico y romano, y para probar a los lectores, cada día más numerosos de esta valiente Revista, cuán falsos e hipócritas son esos hombres de levita que presentan a los espiritistas como herejes y a los masones como secuaces del infierno.

La sociedad masónica, cuya antigüedad se pierde en la oscuridad de los tiempos, es indestructible, porque es fuerte; fuerte porque es unida y unida porque la patria de los masones es el Mundo, y todos los hombres virtuosos son sus compatriotas. Su misión es exclusivamente humanitaria; ella trabaja para alcanzar la posible perfectibilidad y para fomentar la caridad y la filantropía en los hombres de todas las clases y condiciones.

La masonería no exige de sus miembros la adjueración de sus principios religiosos; bástale saber que practican la más pura moral y no imponen violentamente sus creencias. El masón debe ser dócil, industrioso y aplicado en su profesión, fiel a su jefe o maestro, practicar la virtud, partir su pan con el necesitado y no comer el del otro sin pagarlo, enseñar el camino al viajero extraviado, huir del juego, la embriaguez, la usura y todos los vicios.

Esta es la sociedad masónica, y estoy bien convencido de que pocos lectores de NOSOTROS habrán oído hablar de esta sociedad, más universal que la religión católica, del modo que acabo de hacer. Verdad es que parezco predicar «pro domo», pero detallo a cualquier «Padre» de la «Iglesia» para que pruebe que mis afirmaciones son equivocadas.

Y para que cada uno de los que me lean pueda, sin someterse a las pruebas «terribles», según los alu-

cidos «padres», que creían que sufrirse para ingresar en esta curiosa sociedad darse cuenta de nuestros fines, transcribo aquí, gratuitamente, el íntegro «Código Masónico», deseando únicamente que cada cual aproveche lo que bien le parezca y autorizándole a rechazar todo lo que no estuviera de acuerdo con los sentimientos de su propia conciencia.

Dice así:

«Adora al Gran Arquitecto del Universo.»

El verdadero culto que se da al Gran Arquitecto del Universo consiste principalmente en las buenas obras.

Ten siempre la alma en estado puro para parecer dignamente delante de tu conciencia.

Ama a tu prójimo como a ti mismo.

Haz bien por amor al mismo bien.

Estima a los buenos, ama a los débiles, huye de los malos, pero no odies a nadie.

No lisonjees a tu hermano, porque es una traición; si tu hermano te lisonjea teme que te corrompa.

Escucha siempre la voz de tu conciencia.

Sé el padre de los pobres; cada suspiro que tu dureza les arranque, son otras tantas maldiciones que caerán sobre tu cabeza.

Respeto al viajero, nacional o extranjero; ayúdale. Su persona es sagrada para ti.

Evita las querrelas, prevé los insultos, deja que la razón siempre sea de tu lado.

Parte con el hambriento tu pan, y a los pobres y peregrinos, mételes en tu casa; cuando vieses un demandado, cúbrelas, y no desprecies tu carne en la suya.

No seas ligero en airarte, pues que la ira reposa en el seno del nacido.

Detesta la avaricia, porque quien ama las riquezas, ningún fruto sacará de ellas; y esto también es vanidad.

Huye de los impíos, porque su casa será arrasada; más las tiendas de los justos, florecerán.

En la senda del honor y de la justicia, esta es la vida, más el camino extraviado conduce a la muerte.

El corazón de los sabios está donde se practica la virtud y el corazón de los necios donde se festeja la vanidad.

Respecto a los sujetos, no abras jamás de ser dolido, y mucho menos pienses en deshonrarlos.

Si tienes un hijo, respóndele, pero

tembla del depósito que se te confía. Haz que hasta los diez años te tema; hasta los veinte, te ame; y hasta la muerte te respete. Hasta los diez años, sé su maestro, hasta los veinte, su padre, y hasta la muerte, su amigo. Piensa en darle buenos principios antes que bellas maneras, que te deba rectitud esclarecida y no frívola elegancia. Haz un hombre honesto antes que un hombre hábil.

Si te avergüenzas de tu destino, tienes orgullo; piensa que aquél ni te honra ni te degrada; el modo con que cumplas te hará uno u otro.

Lae y aprovecha; vé e ota; reflexión y trabaja. Ocupate siempre en el bien de tus hermanos y trabajarás para ti mismo.

Contentate de todo, por todo y con todo.

No juzgues ligeramente las acciones de los hombres; no reproches y menos alabes, antes procura sondear bien los corazones para apreciar sus obras. Sé entre los profanos libre sin licencia, grande sin orgullo, humilde sin bajeza; y entre los hermanos, firme sin ser tenaz, severo sin ser inflexible y sumiso sin ser servil.

Habla moderadamente con los grandes, prudentemente con tus iguales, sinceramente con tus amigos, dulcemente con los pequeños y tiernamente con los pobres.

Justo y valeroso, defenderás al oprimido, protegerás la inocencia, sin reparar en los servicios que te prestares.

Exacto apreciador de los hombres y de las cosas, no atenderás más que al mérito personal, sean cuales fueran el rango, el estado y la fortuna.

El día que se generacion estas máximas entre los hombres, la especie humana será feliz, y para que se generacion, hay que leerlas primeramente con mucho detenimiento; luego aprenderlas, no olvidarlas y buscar su aplicación inmediata en cada caso y en todas las ocasiones. Así, querido lector, sin ser masón, habrás llegado a ser tigo útil en la tierra: un hombre de bien.

Hay muchos que no creen, muchos que no quieren desahucarse de los principios de educación que en su juventud han recibido, muchos que están aterrados a todo cuanto se les incute siendo jóvenes, muchos que, por conveniencia propia, no quieren salir del patellón de la Iglesia. Siempre respetando las ideas de cada uno, no queriendo jamás obligar a alguien para que crea como yo, ya que yo mismo

rechazaría con la mayor energía todo cuanto cualquiera quisiera imponerme en materia de creencias, opino, querido lector, que no soy quien puede aconsejarte el que te hagas masón o espiritista. No, jamás entrará en mi mente imponer mis creencias a los demás. Pero cada cual tiene el derecho y hasta el deber de juzgar y apreciar imparcialmente el credo de los demás. No te diré: hazte masón o hazte espiritista, pero te aconsejaré no juzgues a los masones y a los espiritistas por lo que diga nadie. Antes de emitir

tu juicio, aprende quiénes son.

Por esto, me he permitido exponer a grandes rasgos el contenido de este humilde artículo, porque creo que en tu pueblo no son fáciles las investigaciones de tal índole.

Creyendo, pues, que ya podrás opinar más sanamente por lo que llevo dicho, sólo quiero me permitas darte un buen consejo: «obra siempre, únicamente, de acuerdo con tu propia conciencia.»

ELGE

Barcelona, Febrero-1923.

Los grandes maestros

Un cuadro de Manet adquirido por 1,200.000 francos

El célebre lienzo «La bon bock», de Manet, que fué una manifestación de la escuela naturalista, acaba de atravesar el Atlántico. Ha sido adquirido del banquero alemán Arnold, por 1,200,000 francos. Arnold lo compró en 1906, en la venta de la colección Faure, por 125,000 francos.

Numerosos artistas y escritores franceses, han lamentado que la obra maestra de Manet no se haya podido quedar en Francia.

En la colección Faure, figuraban veinticinco Manets, todos ellos muy hermosos, como el «Hombre de la guitarra», que el pintor vendió por 3,000 francos; el «Pifano», que le valió 1,500 francos, actualmente en el Louvre; «El puerto de Burdeos», el «Bebedor de oporto», el «Torero», el «Descanso», la «Primavera», etc., que el artista cobró entre 1,000 a 5,000 francos.

La colección Faure fué expuesta en París, Londres y Nueva York. «El buen bock», que Faure adquirió por 6,000 francos en el Salón de 1872, no encontró comprador por 200 francos.

Américo consideraba vulgar este obeso bebedor de cerveza.

Uniformemente en Alemania encontró comprador en la persona del banquero Arnold. Los gustos, por lo visto, han cambiado de modo de pensar y

hoy han pagado por esta notable obra que no ha mucho desdijeron, un precio magnífico.

En 1906, los Museos de Francia hubiesen podido adquirir los más célebres Manets a los precios módicos siguientes: «El hombre de la guitarra», 200,000 francos; el «Lector», 150,000; el «Puerto de Burdeos», 80 mil; «Los trabajadores del mar», 50 mil, y los demás cuadros entre 50 mil y 150,000 francos.

La mayoría de estas obras maestras se hallan actualmente en colecciones extranjeras. El «Descanso», que es un retrato de Berta Morizot, ha sido adquirido por 200,000 francos, por un aficionado de Nueva York; «La Primavera», en 150,000 y el «Gran Canal de Venecia», en 80,000. Hoy se encuentran más Manets en el Japón que en Francia. La mayoría de los Renoirs se hallan en los Estados Unidos, en Inglaterra y Alemania, así como los Sisleys, los Pisars y los Gauguins.

Alemán, que se quedó con la mayoría de los Daubiers, mucho antes de que en Francia se les diera algún valor, compraba solapadamente, incluso durante la guerra, las obras de Bonnard, X. Roussel, Vuillard, Derain y Dufy.

Lector: No deje usted de ponernos al corriente de todas cuantas iniciativas favorables a la propiedad de nuestra ciudad se le ocurran.

Sus rufos, sus proyectos, encontrarán siempre en nuestras columnas la más sincera y decidida repercusión.